UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

Federico Reyes Heróles

Pronunciar las palabras educación superior, universidad, profesión, profesionistas, en México, arroja de inmediato a un oleaje turbulento. Las emociones se confunden, son contradictorias, desgarran y nutren a la par. Hace unos días, a un trabajador de la construcción, que casi es ya parte de la familia y que dragaba tras un tubo, le brillaron los ojos con intensidad asombrosa al decirme que su hija había terminado la Normal. Su orgullo era total. Su apuesta oculta, aún mayor. Horas después, un abogado, metido diariamente en tribunales en donde persigue múltiples acciones judiciales, me comentaba desesperado que su *chamaco* tenía problemas de ingreso a la Preparatoria. Sudaba pesadumbre y vergüenza. Sé de una abuela tuxpeña que recibió un llamado de su hijo, minutos después de terminado su examen profesional. El orgulloso profesionista le lanzaba, a través de una defectuosa larga distancia, la noticia de que había recibido la "mención especial". Del otro lado de la bocina, la madre, desesperada y ansiosa, le preguntaba insistentemente si eso era bueno o malo. La educación formal en México es vitrina de logro, de esfuerzo, de pujanza. También lo es de desánimo, de pusilanimidad.

La educación es eso que sabemos que nos faltó, nos falta, eso que nos puede transformar, nos puede volver otros, es el camino para dejar de ser lo que somos. Educar es acabar con la yerba mala de la ignorancia. Educarnos es la admisión, la conciencia de tal padecimiento. El maestro es apóstol de la patria. Educar es un acto nacional de sublime negación del origen. Primaria para todos. Después vendrá el tesón y la fortuna y el silencio sobre el éxito en los pasos intermedios, secundaria y educación media superior. La educación superior es el brinco, la ruptura definitiva que permite dejar atrás, de una vez por todas, se piensa, la ignorancia, la miseria y tener acceso a eso otro que sabemos que existe pero que todavía no es nuestro. La educación en México es una deidad que se piensa resuelve todo y que, llevada al

extremo, es el sueño de tener un hijo médico y otro abogado para poder librar así los terribles males que acechan en la vida. La educación es en México un mito. Con él convivimos a diario. En él nos apoyamos como nación. El nos permite sembrar esperanzas.

Pero ese mito permite también un desmenuzamiento doloroso pero necesario. La educación es ese apoyo casi irrestricto que el estado posrevolucionario ha otorgado a la expansión de un servicio gratuito que alimenta una tranquilidad social. Las escuelas deben funcionar a diario, sin interrupción, para construir la esperanza. Todo lo que altere la educación, todo lo que impida el funcionamiento de los mecanismos de la esperanza incide en la traición, atenta contra ese sentido de patria, elevado y unificador, que todos debemos tener. Los periódicos reproducen, año con año, las fotografías de los padres esforzados y presurosos en un primer día de clases o arrojando vaho en el invierno, extendiendo siempre la mano a un crío cubierto al exceso por bufandas de apariencia kilométrica. Los útiles escolares y sus precios son punto de atención de estaciones de radio y televisión. Todo sacrificio se justifica por eso que llamamos educación y que es muy nuestra, conquista irrenunciable que jamás dejaremos ir.

Ese México no habla en cambio de la deserción masiva que tiene lugar en primaria. Es afortunado el estado de la República en el cual la eficiencia terminal es superior al 50%. No se habla tampoco de la secundaria donde las bajas se incrementan en proporción geométrica. La preparatoria, sin exageración, es privilegio de los incorporados, de los que tienen acceso a transportes y comunicaciones y que, a través de ellos, logran salir de un misérrimo pueblo para acercarse a la coronación que se llama universidad, educación superior.

Una cara de la educación es el mito, es su carácter de vivero de la esperanza nacional. Todo niño que emprende el camino es luminaria en ciernes, semilla que de seguro germinará, para devolver, siempre con creces; devolver al país, a la familia, no en acto de justicia, sino casi de redención, algo incuantificable, de calidad insospechada. De la otra cara de la educación no se habla. No se habla de todos aquellos que quedan en el camino, de los niños alcoholizados

a los cinco años, desnutridos, que cabecean en los atiborrados salones, esos que llegan sin energías para leer o aprender a hacerlo. Niños marchitos por el trabajo prematuro, jóvenes empleados en actividades que poco tienen que ver con el supuesto destino de la educación formal. La esquizofrenia no podía ser mayor: estudiar o sobrevivir. El mito o las cifras.

Los intentos estatales por crear opciones terminales, paralelas a la universitaria se enfrentan a una resistencia social tangible. La mayoría quiere que sus hijos sean profesionistas, no técnicos, aunque quizá los técnicos, los buenos técnicos, ganen hoy mucho mejor que algunos profesionistas. La educación superior es la cereza sobre el helado, la culminación del gran mito. Todos deben tener acceso, debe ser gratuita, como si democracia fuera que los que pueden pagar no paguen y los que no pueden lo hagan, así sean cantidades irrisorias. No se trata de un auténtico juego abierto de oportunidades iguales a capacidades distintas en las mismas condiciones. ¿Qué igualdad puede haber entre aquel estudiante que llega a bordo de su ocho cilindros después de una mañana de plácida lectura en su casa, en silencio, entre libros, y el arribo de su compañero formal después de seis u ocho horas de trabajo y varias de transporte durante las cuales ha sido mal leído el incompleto texto que consiguió a última hora en una biblioteca pública? Becas a los que no tienen y cobro, cobro fuerte, a los que tienen sería una medida de equidad auténtica.

Pero claro, del rostro oculto de la educación no se habla, no se menciona que en México, a pesar de que tenemos alrededor de tres decenas de universidades públicas distribuidas en toda la República, a pesar de que el rubro educativo ha sido apoyado fuertemente durante décadas, a pesar de que muchas de esas universidades o quizá por ello, son verdaderos cotos a la legalidad, en ese México sólo alrededor del 1.5% de la población es profesionista. La universidad es una gran saga que se nos aparece, y con sus encantos y maleficios nos embruja, dándole a nuestras acciones, un aparente sentido. Todo es en función suya, de ese mágico encuentro que sólo ella provoca. Allí, en la universidad, ocurre la transformación definitiva. Perseguimos a esa diosa liberadora que extiende títulos aunque no todos avalen conocimiento, títulos que abren puertas al ascenso social, que nos permiten

alejarnos de nuestros orígenes, dolorosos la mayoría de las ocasiones, pues toda sociedad que se industrializa, que deja de depender del campo, que se inserta en la transformación y los servicios, es una sociedad que se niega a sí misma. Allí está esa diosa intocada que conduce a la transformación nacional, pero sobre todo a la mutación personal. Es mejor dejarla, piensan, en ese limbo y no llevarla a las cifras que demostrarían sólo una cosa: que la educación formal en México podría ser vista como un gran fracaso.

Para argumentar en tal sentido están los defensores del eficientismo. Eficiencia como único termómetro, parámetro, de lo que debe ser aquí y en China. No hay exclusividad, caracterización *suigéneris*. Cuánto se invierte y qué se obtiene. La pregunta es paragon universal. México no puede ser la excepción. En la lectura de los defensores del eficientismo, ese fracaso de la educación formal explica y justifica el porqué terminar, o limitar por lo menos, la educación gratuita e irrestricta. La educación, dicen, sobre todo la superior, es opción de élites. Lo demás es falsedad, engaño, populismo. En Occidente, la universidad es o lujo para ricos o inversión en superdotados. En los países de economía planificada, los socialistas, la educación superior es razón de estado, no capricho personal. Profesionistas mexicanos, dicen los defensores del eficientismo y con cierta razón, que no saben nada y que mucho han costado al país. La contraargumentación no es sencilla, menos aún en época de crisis. ¿Por qué gastar en un falso estudiante en vez de invertir en carreteras u hospitales? ¿Qué cálculo se le puede confiar a un egresado de universidad pública, a esos abogados que no conocen ni siquiera el Código de Procedimientos Civiles, a esos médicos que son verdaderas amenazas? preguntan muchos asentados en una ingenuidad que les da la razón. La educación superior estatal en México es una medida política que se explica en el contexto del llamado sistema, afirman. Sólo así. No, de universidad pública no queremos saber nada, dicen en los despachos de arquitectos y abogados. Yo prefiero, yo contrato sólo egresados de universidades privadas. Las universidades públicas son para calmar a los intranquilos, a los revoltosos, a esos que hacen huelgas, una y otra vez, y que sólo pierden el tiempo.

Como agravante vivimos una prolongada crisis económica. El necesario ordenamiento financiero obliga a revisar gastos. Los centavos estatales hoy

son escasos, al grado de que incluso ese sagrado mito de la educación, esa saga, esa diosa que perseguimos a diario ha tenido problemas presupuestales. Los tiempos financieros les dan la razón, por ahora, a los eficientistas que defienden la idea de que lo que necesitamos son más camilleros y no doctores, tinterillos en los juzgados y no abogados de título en la pared, dibujantes y no arquitectos, técnicos en generadores y transformadores que cumplan su función en la sociedad, no ingenieros universitarios que no lo son. ¿Por qué gastar dinero que necesitamos mucho más urgentemente en otros menesteres? Mejor que vayan a inversión. ¿En qué país es tan fácil llegar a la educación superior? Sólo en México y vean el desastre. La socialización del gasto público, de la información sobre él atenta contra el mito. ¿Cuánto cuesta un aula urbana, una rural, cuánto se gasta por alumno en bachillerato, cuántos millones se tiran, dicen, en falsos estudiantes de universidad?

Estas son las dos corrientes encontradas en las cuales se debate la generación que actualmente se encuentra en ese carril, camino imaginario en ocasiones, de la educación superior. Para salir de la maraña que al confundirlo todo permite los extremos y con ellos las posiciones injustas, vale la pena crear nuestras propias categorías. Vivimos un debate que debe ser encarado con serenidad y auténtico espíritu popular.

1. La educación en México es movilidad social.

México puede, en retrospectiva, afirmar que su educación pública ha tenido todos los defectos que los eficientistas le imputan pero ha propiciado movilidad social. Ella no es sólo la imagen bucólica de un Juárez, pastorcito que llega a ser abogado y termina por convertirse en el gran estadista mexicano del XIX, en el constructor del estado. La educación estatal, tal y como se ha ofrecido, permite a los esforzados dejar de ser lo que son. Ello es, admitámoslo, una ambición de millones. El campesino desea que su hijo tenga alternativas fuera del campo; el obrero de cuello azul no quiere imaginar a sus hijos detrás de la fresadora o la troqueladora. La secretaria ambiciona que su muchacho tenga algún día secretaria. El médico que su descendencia llegue al posgrado y los posgraduados que, cuando menos, sus hijos reproduzcan la hazaña. Para atrás nada. Pero claro, incluso la movilidad debe

aceptar medidas. Paradojicamente, de la movilidad social no se habla en el discurso público. Poco sabemos de ella. La damos por un hecho. Pero ¿cómo sería México sin movilidad?

La confusión surge porque movilidad y educación formal no caminan a la par. Hace unos cuantos años una reforma eficientista levantó en armas de la razón a cientos de miles de estudiantes de la UNAM. Creo que el movimiento estudiantil del 87 fue una luz roja, una experiencia que todavía no ha sido valorada plenamente. Merecen reconocimiento los estudiantes, por su brillo y control y las autoridades de la Federación por su capacidad para abrir cauces y replegar las decisiones apoyadas en la fuerza pública. En México no hubo muertos. Es sencillo de decirlo, difícil lograrlo. La visión del mundo de esa nueva generación de estudiantes centró el debate entre el eficientismo radical y el intocable mito de la educación. Llegaron al debate público a aprender, ello sin duda, pero también a enseñar a burocracias miopes que detrás del simplismo eficientista había un mar de mentiras y que, por ejemplo, los egresados del vilipendiado Colegio de Ciencias y Humanidades tenían mejor eficiencia terminal que los alumnos provenientes de escuelas particulares. Si de cifras se trata, hablemos de cifras.

Vayamos lentamente. La movilidad social no reclama el título. Es un efecto paralelo que sólo en algunos casos requiere del título. La pregunta aquí sería ¿qué es de aquellos alumnos que no terminan el ciclo en el cual se encuentran inscritos? En la mentalidad del eficientista son un desperdicio social: ocuparon una banca y después se fueron al territorio de la inutilidad, a una especie de bodega de inservibles. La realidad social es muy diferente. Las mujeres y hombres que cursaron unos cuantos años de primaria y que aprendieron a mal escribir, utilizan sus escasos conocimientos para tomar un recado, para apuntar una remesa, para contar en una bodega. Allí está el conocimiento aplicado, así no tengan el certificado de primaria. Es innegable que los tildados de *fracasados*, sirven a la sociedad con sus apuntes mal hechos, quizá repletos de faltas de ortografía. Los *fracasados* de la educación formal le son más útiles a su país con esos escasos conocimientos que sin ellos. También, por qué no decirlo, los *fracasados* se benefician, así sea casi imperceptiblemente, de sus escasos conocimientos. ¿Sabe usted leer y escribir? es la

dramática pregunta que a diario se lanza y la diferencia es abismal entre “algo” o “no, no se”. ¿A quién contratarían ustedes?

Pero sigamos para enfrente. ¿Qué acaso todos aquellos no egresados de secundaria o preparatoria son iguales, saben lo mismo, actúan de la misma forma que los que nunca entraron a las aulas? De ninguna manera. Ellos hacen su lucha hasta donde las condiciones familiares, económicas y también de capacidad personal, se los permiten. Salen de la educación formal, del carril de ascenso y transformación real, porque se les requiere para atender necesidades urgentes. Medir cuánto hay de desidia y cuánto de imperativo económico sería un buen estudio para contraargumentar. La educación estatal gratuita no lo es todo para llevar a buen fin al estudiante. Las condiciones socio-económicas determinan en mucho las posibilidades de los estudiantes. No caigamos entonces en el garlito de decir que restringiendo la educación, el acceso a ella, se soluciona el problema de ineficiencia. Entre mejores sean las condiciones socioeconómicas de los estudiantes, el apoyo que se brinda a ellos y sus familias, mejor eficiencia terminal tendremos. Creo que debemos un gran homenaje social a aquellos que, a diario, construyen el país sin tener certificados o título. Este es un país construido fundamentalmente por los sin título, por los mal llamados fracasados en la educación formal.

Simplemente para que quede la pregunta en el aire. ¿Cómo sería México hoy si durante décadas no hubiésemos tenido los beneficios de esa movilidad social que provoca la educación? ¿Quizá estaríamos en una sociedad estamentada, dividida todavía más rígidamente que en la que vivimos?

2. Sociedad de procesos múltiples.

Una de las grandes ficciones del eficientismo es que la homogeneidad de los educandos solucionaría el problema de la ineficiencia. ¿Cómo es posible, se preguntan, que en un aula estén sentados juntos un individuo que apenas está aprendiendo a leer y otro que estudia a Hegel? Creo que la única opción de la sociedad mexicana es admitir los procesos múltiples y comprender que no hay desperdicio generado por ellos. Se puede enseñar a leer un libro y que

éste sea Hegel: simplemente hay que tener los apoyos suficientes y la disposición para poder contender con las situaciones específicas del estudiante. El llamado nivel académico es una regla de medición que brinda cortes diacrónicos, útiles, pero injustos en una sociedad tan desigual. Leer dónde está situado cada quien es, en una sociedad con tantos cambios como la nuestra, quizá menos importante que saber qué tanto ha avanzado cada quien en su propia ruta. Humboldt afirmó que éste era el país de la desigualdad. Por desgracia, las condiciones no han variado mucho en lo que a ello se refiere. Pretender la homogeneidad total del alumnado es negar al país. Además, no podemos olvidar que en las sociedades industrializadas, si bien es cierto que la base de conocimientos es más homogénea, las diferencias culturales, entre minorías por ejemplo, o personas de distintos origen social, llegan en un momento a ser irreductibles. La homogeneidad es una gran ficción que merece análisis. El hijo de un *farmer* de Ohio no tiene la misma cultura, los mismos conocimientos, que el descendiente de una familia de la aristocracia cultural del Este de Estados Unidos de Norteamérica. Es injusto pretender que un niño maya responda igual que un ciudadano. ¿Quién tiene menos conocimientos? Depende de qué tipo de conocimientos. Sería cuestión de preguntarle al ciudadano sobre el cultivo del henequén, por ejemplo, para invertir los efectos del centralismo intelectual y cultural. Sus efectos serían dramáticos para los ciudadanos.

3. La educación extraformal.

Hay una teoría lanzada alrededor de hace veinte años¹ que afirma que la pretensión de los sistemas educativos de ser un medio eficaz para democratizar a las sociedades es falsa. En resumen y utilizando su vocabulario, la tesis central de este planteamiento afirma que las élites provienen de las propias élites. En esta versión el fenómeno se explica fundamentalmente por la educación familiar que reciben los educandos. La educación formal, se afirma, no hace más que enmascarar los auténticos conocimientos que la sociedad valora. Esos provienen del hogar. Los muchachos que leen provienen de hogares donde se lee. Los estudiantes o profesionistas que se expresan

¹ Gérard Mendel y Vogt Christian; *El manifiesto de educación*, Siglo XXI Editores, S.A., México 1975.

correctamente provienen de familias donde se cuida la expresión oral. Por allí camina la explicación. No es una cuestión simplemente de capacidad: es de hábitos, de formas de convivencia, de trato, de una disposición personal que muy poco tiene que ver con la información que se recibe en las aulas. La educación formal debe por ello remitirse a lo que es: una falsa escalera de expectativas. Ascienden no los más capaces, sino los que ya están arriba. En México, por desgracia, esta tesis radical opera cada vez con mayor frecuencia. La movilidad social propiciada por la educación sin duda se ve amenazada. Independientemente del estudio de las élites, lo que resulta imprescindible es el análisis de la educación extraformal. Ella es el gran filtro.

Hemos descuidado la educación extraformal como factor determinante del éxito profesional. Muchos egresados de las universidades particulares son contratados por las empresas del capital nacional o internacional, por la propia alta burocracia, no porque sus conocimientos técnicamente sean superiores, sino porque toda la educación lateral, que debe acompañar a un profesionalista, no está en ese título de la universidad pública. Para decirlo con crudeza: los mejores puestos se los llevan los que saben tratar a los jefes. La jefatura en una sociedad es un hecho controvertible. La forma de vestir, de expresarse, de comportarse, la formalidad por ejemplo, son condicionantes que limitan severamente a los nuevos profesionalistas de las universidades estatales. No faltará quien diga que se trata de requerimientos burgueses el que una persona se presente vestida de tal o cual forma o que se acostumbre ser puntual, o tenga hábitos de higiene, o sepa comportarse en un restaurante. Yo aceptaría el calificativo, pero lo extendería, se trata de la educación extraformal que acompaña a todo ascenso hacia los cuadros dirigentes en cualquier sociedad. La educación popular ha llevado a un relajamiento excesivo en la educación extraformal. Ese relajamiento asesta hoy un severo revés a la movilidad social. ¿De qué sirve que los más capaces, los mejores profesionalistas egresen de las universidades públicas si van a ser marginados por cuestión de trato, por su educación extraformal? Algún amigo mío, aventurero en los asuntos de la educación, defiende la postura de que, en un proceso de educación verdaderamente totalizador, habría que implantar escuelas de padres. Lo cierto es que nuestros hábitos familiares inciden directamente sobre las opciones que abre la educación formal. Citemos sólo

un ejemplo: el gravísimo problema del analfabetismo funcional, es decir, dejar de saber leer por no leer, enfermedad cultural que invade a México.

4. Versión lineal de la educación.

Una de las visiones más comunes del eficientismo supone que la educación debe ser un proceso lineal y que cualquier desviación es desperdicio. La realidad social muestra otra cosa. En primer lugar, valga recordar que muchos de los productores de cultura en México, principalmente artistas pero no exclusivamente, no han tenido título, ni una educación formal consecuente. Recuérdese el caso de Rulfo o de Rivera, de Arreola, de Tamayo, Octavio Paz o Carlos Monsiváis, de Gabriel Figueroa o Fernando Benítez. Pero también ha habido desviaciones muy afortunadas. Por citar algunas y sin establecer comparaciones: Carlos Fuentes es abogado, lo que no parece haberle impedido convertirse en uno de los mayores impulsos narrativos del siglo. Ricardo Martínez estudió derecho y devino en artista plástico; Gabriel Zaid, el poeta y ensayista, es ingeniero; Elías Nandino es médico de origen. La visión lineal de la educación es imprescindible para darle coherencia administrativa a los planteles. Pero cierta flexibilidad deberá estar siempre presente para no castrar, por un excesivo burocratismo, posibles desarrollos personales.

5. Rescate de la vocación.

Creo que es necesario un rescate auténtico de la vocación, que no es simple curiosidad o interés inicial, sino el deseo de quehacer de por vida. A la profesión como mecanismo de ascenso social y evidente venero de recursos, debemos sumarle, aparejarle, la búsqueda y cultivo de la vocación. Hay que buscar permanentemente las vocaciones. Algunas no afloran en toda una vida. Sólo quien descubre su vocación tiene una auténtica profesión.

Así la universidad estatal en nuestros días debe moverse en un estado benefactor mexicano que cada día deja más de serlo, debe desarrollarse en un ambiente en que los recursos son cada vez más escasos. Los días de bonanza y holgura difícilmente volverán y por ello las universidades deberán,

y los estudiantes también, tener muy claro su papel. Si se mueven exclusivamente en el mito, si persiguen a la saga, a la diosa salvadora, sin sacar cuentas de los costos reales de la educación, estarán extendiendo un tapete rojo a los eficientistas que ven a la educación como una fría matriz de insumo-producto: cuánto entra y cuánto sale.

No atender a los criterios esgrimidos por la corriente eficientista es simplemente negar los tiempos. El combate de la auténtica educación popular supone rastrear los efectos que tal educación ha tenido lateralmente sobre la sociedad. Valorar a los titulados y la importancia del título como aval de conocimientos socialmente necesario, es parte del reto. ¿Quién pondría su vida en las manos de un médico cuyo título es de dudosa validez? Pero, por el otro lado, debe existir una permanente valoración de los no titulados y su impacto sobre la sociedad mexicana. Hay que cuantificar ese impacto para poder así contraargumentar a los eficientistas con datos, es decir, en su mismo idioma.

La universidad pública mexicana deberá reformular con cautela una imagen de desorganización y desastre cuyos costos son altísimos para sus egresados y no egresados. Asimismo, dado que nada pareciera anunciar tiempos de vacas gordas para las finanzas públicas, las universidades estatales deberán estudiar alternativas de financiamiento social que de verdad propicien una auténtica equidad en el sostenimiento de sus actividades. Deberán caminar por ello entre un mito arraigado, de raíces muy profundas, y el eficientismo frío e implacable que no pareciera estar en retirada.

Para finalizar, una anécdota. Una noche hace algunos años, solicité mi automóvil al salir de un restaurante. Vi a un muchacho lanzarse por él con aceleración inusual. Unos instantes después aparecían los faros. preparé una propina que aquel muchacho merecía sobradamente. Al momento de extender la mano no vi la contraparte y escuché “maestro, que gusto saludarlo”. Allí estaba, era cierto, uno de esos rostros que recuerda uno vagamente después de más de una década de dar clases. Le pregunté por sus estudios, qué había de su carrera. Tema, si no único, casi. Seguía en el combate llevando alguna materia y “leyendo” —me dijo con entusiasmo—. “La voy a terminar”,

lanzó en tono casi de autorretrato. Tomé la cartera y saqué un billete. Temí su rechazo. “No —me contestó—, de ninguna manera”. “Por supuesto que me lo va a aceptar —contraargumenté—, porque es para libros”. Extendió la mano, tomó el billete. En el coche se me vinieron a la mente otros casos, aquella brillante alumna que intentó una ambiciosa tesis sobre religión y teoría política como géneros paralelos. Se financiaba sus estudios cosiendo. Cayó en mi memoria aquel otro alumno que abrió un local comercial porque la teoría política no dejaba. Me pregunté si me sentía defraudado por sus destiños tan poco académicos, tan poco profesionales. Por el contrario, me invadió un sentimiento de satisfacción por haberlos podido acompañar en un trayecto de su admirable combate vital. El aprendiz en esto soy yo.